

diez, hora en que subí á mi cuarto, hice mis devociones y me acosté.»

A esto se redujo todo el filosofismo del Duque de Villahermosa, y ciertamente que no le hubiera impetrado Voltaire las bendiciones de su *Sér de los seres* si hubiese podido sospechar que su catecúmeno de Ferney había de concluir como el más vulgar de los católicos, oyendo misa diaria, comulgando dos veces al mes, rezando las Cuarenta Horas y perdiendo la vida, por caridad á los pobres, cuando el incendio de la Plaza Mayor en 1790.



## IV

No puede decirse lo mismo del Marqués de Mora. Los grandes corifeos del filosofismo en su época le tienen y pregonan por suyo; y al reconstruir nosotros su personalidad, como hemos reconstruído la de su cuñado, sobre documentos auténticos sacados de los archivos de Fuentes, Solferino, Santa Cruz y Villahermosa, aparecen probadas hasta la evidencia su impiedad, su liviandad, y lo que resulta más extraño que una y otra cosa, su insignificancia.

Nadie, en efecto, hubiera guardado recuerdo en España del Marqués de Mora si los intencionados elogios del patriarca de Ferney y el hecho poco glorioso de haber sido uno de los varios que, unas veces por turno, y otras en comandita, cautivaron el corazón harto elástico é inflamable de Mlle. de Lespinasse, no hubieran picado la curiosidad y excitado los



fáciles entusiasmos de algunos escritores franceses, admiradores de las glorias del filosofismo. Nada, sin embargo, se encuentra en la vida de este personaje, como no sea su impiedad, que justifique los elogios que los filósofos le prodigaron; nada que no pueda compendiarse en aquel molde trazado por Jovellanos, no anticuado entonces ni envejecido hoy, en que encaja y encajará siempre la parte más vulgar y numerosa de la juventud ociosa y opulenta:

..... jugó, perdió salud y bienes,  
Y sin tocar en los cuarenta abriles,  
La mano del placer le hundió en la huesa.

Don José Pignatelli y Gonzaga, primogénito de la casa de Fuentes y, como tal, Marqués de Mora, nació en Zaragoza el 19 de Abril de 1744, de D. Joaquín Pignatelli de Aragón y Moncayo, Conde de Fuentes, y de D.<sup>a</sup> María Luisa Gonzaga y Caracciolo, Duquesa de Solferino. Fué bautizado el mismo día en la parroquia de San Gil, siendo padrino su abuelo paterno D. Antonio Pignatelli de Aragón Pimentell y Caraffa, Príncipe del Sacro Romano Imperio. A los diez años (1754) marchó con sus padres á la corte de Turín, donde había sido nombrado el Conde de Fuentes Embajador de Fernando VI, y allí corrió la educación del tierno Marquesito al cuidado de un clérigo

francés, que llamaban el abate La Garanne.

Acaeció por aquel entonces en Zaragoza la muerte de un niño de pocos años, heredero de una gran casa, y este hecho, tan ajeno al parecer al Marqués de Mora, vino á influir en su porvenir poderosamente. Era este niño difunto D. Luis Augusto Abarca de Bolea y Fernández de Hajar, único vástago varón de los Condes de Aranda, y por su muerte quedaba como primogénita y heredera única de tan ilustre y poderosa casa, D.<sup>a</sup> María del Pilar Ignacia Abarca de Bolea, que contaba un año menos que el Marqués de Mora. Seguía el Conde de Aranda por aquel tiempo con el de Fuentes un pleito enredadísimo sobre el Condado de Fuentes y los Marquesados de Mora y Coscojuela, y ocurrióseles á ambos litigantes, para poner fin á la contienda, casar al Marqués de Mora con D.<sup>a</sup> María Ignacia, á quien desde luego cedían sus padres el Ducado de Almazán. Tratóse entre ambas familias el proyecto, y convinieron al cabo en extender desde luego las capitulaciones matrimoniales, dejando el matrimonio para cuando llegaran los novios á la edad conveniente: el Marquesito contaba á la sazón doce años, y once tan sólo la Duquesa.

Hallábase entonces el Conde de Aranda de Embajador en Portugal, y envió poder para aquellos tratos á su esposa, que se había que-



dado en Zaragoza. Los Condes de Fuentes, por su parte, otorgaron también poder para lo mismo en Turín, ante el escribano Jaime Antonio Genale, y enviaron á Zaragoza al preconcovio, con su ayo el abate La Garanne. Firmóse, en efecto, la escritura en aquella ciudad, ante el notario Miguel José Ros, á 4 de Diciembre de 1756, representando á los Condes de Aranda la condesa D.<sup>a</sup> María del Pilar Fernández de Híjar (1), y á los de Fuentes D. Vicente Pignatelli, Arcediano de Belchite, hermano del Conde.

Fuese casualidad, fuese plan combinado, es lo cierto que en aquellos mismos días concedió el Rey al novio la gracia de cadete, y encontróse, pues, el Marquesito á los doce años miembro ya del ejército y medio casado con una riquísima heredera de once años y pocos atractivos personales, pues era de constitución delicada, muy morena de rostro y con todos los dientes podridos. Mora, por el contrario, era entonces un lindísimo muchacho despierto y atrevido, que enamoró desde luego á su novia y supo captarse las simpatías de la suegra. Comenzó Mora su aprendizaje militar sin salir de Zaragoza, á la vista siempre de la Condesa

(1) El apellido de esta señora era Silva; mas solía firmarse Fernández de Híjar, como su hermano primogénito el Duque de Híjar.

de Aranda, y allí permaneció hasta que, volviendo sus padres de la Embajada de Turín, á principios de 1759, reuniéronse en Madrid las dos familias de Fuentes y Aranda para efectuar el matrimonio.

Hiciéronse nuevas capitulaciones matrimoniales, modificando las hechas anteriormente, y firmáronse en Madrid ante el escribano Tomás González San Martín, á 30 de Marzo de 1760. Por estas larguísimas capitulaciones, cuya copia tenemos á la vista, lleva cada cónyuge al matrimonio todos los derechos de sucesión á los estados y títulos de sus respectivos padres; obligáanse los Condes de Fuentes á mantener en su propia casa de ellos á su hijo el Marqués de Mora y á su nuera la Duquesa de Almazán, «manteniéndolos, sanos y enfermos, con toda la decencia, lustre y ostentación correspondientes á su alta clase, como también á los hijos que tuviesen *constante* el matrimonio, y durante la vida de dichos señores sus padres mandantes, pagando los gastos de caballeriza y raciones de criados que tuviesen y necesitasen para la correspondiente decencia, y además mil reales de plata, moneda jaquesa, en cada un mes, á la dicha Excm<sup>a</sup>. Sra. Duquesa de Almazán, para sus alfileres, que hacen mil ochocientos setenta y dos reales y doce maravedís de vellón, y otros mil reales de plata mensuales al dicho Sr. Marqués de Mora, su



hijo, para su vestuario y gastos extraordinarios.

»Item, es pacto que en caso de separación de los Excmos. Sres. Marqués de Mora y su futura esposa de la amable compañía de los excelentísimos Sres. Condes de Fuentes, sus padres, por voluntad de éstos ó de dichos sus hijos, lo que no deben prometerse sus padres, que tan tiernamente aman á sus hijos, y en hijos tan respetuosos y amantes de sus padres, en este caso, que podría verificarse sin más motivo que su gusto ó voluntad, ó bien de los padres ó de los hijos, los Excmos. Sres. Condes de Fuentes dan y mandan, y en contemplación de este matrimonio se obligan á dar y que darán al dicho Marqués de Mora, su hijo, para mantener su casa y familia, seis mil ducados de vellón, que hacen tres mil quinientas seis libras y cinco sueldos jaqueses en cada un año, pagados por mesadas iguales y con anticipación de una mesada, y además la plata correspondiente de mesa, ropas, alhajas y menaje que se necesite para adornar y componer la casa y habitación de los señores sus hijos, y también ponerles la caballeriza y tren de calle, todo en lujo y decencia correspondientes á su clase.

»Los Condes de Aranda, por su parte, obliganse á dar á su hija, como alimentos de sucesora inmediata, seis mil ducados de vellón; y

en el caso de nacerles á ellos algún hijo varón que privase á la Duquesa de Almazán de sus derechos de sucesora inmediata, obliganse á constituirle un dote, correspondiente á sus circunstancias y prendas y al lustre de la casa de sus padres. Por tanto, para dicho caso, la dan y mandan los dichos Excmos. Sres. Condes de Aranda, sus padres, cincuenta mil ducados de vellón, que son veintinueve mil doscientas diez y ocho libras, moneda jaquesa.»

Asentábase también en las capitulaciones esta cláusula, que no sin grandes repugnancias debieron aceptar los Fuentes: «Item, es pacto que siempre y cuando en los contrayentes sus hijos y descendientes se juntasen, no sólo los títulos de sus respectivos padres, sino también cualquier otros que por las inclusiones de los Excmos. Sres. Conde y Condesa de Fuentes pudieran recaer en su descendencia, haya de llevar el que fuese señor de las casas con preferencia el título de Aranda, aunque antes, como primogénito, se hubiera llamado Conde de Fuentes ó de otro título; de modo que ha de esperar á cubrirse, hasta que con la Grandeza de Aranda pueda ejecutarlo.»

Firmáronse estas capitulaciones el 30 de Marzo de 1760, y siete días después, el 6 de Abril, celebróse el matrimonio con grande pompa y aparato en las casas del Conde de Aranda, que eran las de la Condesa de Lemus,



situadas en la plazuela de Santiago. Casólos D. Vicente Pignatelli y Moncayo, tío del novio; asistió á la novia como madrina su abuela paterna la condesa viuda de Aranda D.<sup>a</sup> María Josefa Pons de Mendoza, Condesa de Robres y de Rupit, y sirvieron de testigos D. Joaquín de Palafox, Marqués de Ariza, caballero mayor de la Reina madre D.<sup>a</sup> Isabel de Farnesio; D. Juan Antonio Caracciolo, tío de la Condesa de Fuentes, y D. Antonio Álvarez de Toledo, Marqués de Villafranca y cuñado de aquella misma, por ser esposo de su hermana D.<sup>a</sup> María Antonia Gonzaga y Caracciolo.

Á los diez días de celebrado el matrimonio, el 19 de Abril, cumplió el novio diez y seis años, y un mes después, el 20 de Mayo, anunció la *Gaceta* su promoción al grado de abanderado en el regimiento de Guardias españolas de infantería. Hallábase ya en el tiempo del matrimonio nombrado el Conde de Fuentes Embajador de Carlos III en la Corte de Inglaterra, y para ella partió al poco tiempo, llevando consigo á los recién casados, según lo establecido en las capitulaciones matrimoniales. Por aquel tiempo Horacio Walpole, que debió conocer á la nueva Marquesa de Mora en Londres, escribe hablando de ella: «Se empeñan en que no es fea, y que sus dientes son todo lo bonitos que pueden ser los de una persona que no tiene más que dos, y éstos negros.»

Por Noviembre del año siguiente (1761) dió á luz en Londres la Marquesa de Mora una niña, que se llamó, por su abuelo paterno, Joaquina, y murió allí mismo á los pocos meses de nacida. No permanecieron mucho tiempo en Inglaterra los Marqueses de Mora; á principios de 1762 reemplazó al Conde de Fuentes en la Embajada el Príncipe de Maserano, y volvió toda la familia á Madrid, donde asistió el 22 de Abril á la profesión solemne de sor María Luisa Pignatelli, en las Salesas Reales; era esta señora la hermana mayor de Mora, y sólo después de largas luchas con sus padres pudo conseguir que la permitiesen éstos abrazar el estado religioso.

Gozaba entonces el Conde de Fuentes de mucho crédito en la Corte y el Gobierno, y la grande estima más ó menos fundada que de sus cualidades tenían el Rey y sus Ministros, no le sufrió ocioso por mucho tiempo. Nombróle, pues, Carlos III su Embajador en la Corte de Versalles, en Octubre de 1763, si bien no tomó posesión de su cargo hasta Febrero de 1764. Detúvose con sus hijos en Madrid todo este tiempo, y en este intervalo es cuando aparecen los primeros síntomas de liviandad en el Marqués de Mora. Con gran secreto y disimulo comenzó á cortejar á la famosa comedianta Mariquita Ladvenant, de que hicimos mención antes, al mismo tiempo que lo



hacía también más al descubierto su futuro cuñado el Duque de Villahermosa; mas una noche, al salir el Duque y entrar el Marqués en casa de la comedianta, topáronse frente á frente los dos galanes, y hubo la consiguiente escena de celos y reproches; el escándalo fué grande, trascendió á la familia, y viéronse obligados los Aranda á llamar al orden á su precoz yerno, que contaba entonces diez y ocho años y cuatro meses. Debió de suceder esto por Septiembre de 1762, y consta todo en una carta escrita con muy posterior fecha al Duque de Villahermosa por un tal Nicolás Viedma, vecino, confidente y tercero de la Mariquita, recordándole, para sacarle algún dinero, los servicios que le prestó en los *cuentos y disgustos* de aquella mujer con el Marqués de Mora.

En Noviembre del mismo año fué nombrado Mora coronel *agregado* al regimiento de Mallorca; y al siguiente, no habiendo cumplido aún diez y nueve, diéronle el mando efectivo del regimiento de Galicia, según consta en la *Gaceta* del 5 de Abril de 1763. Vivió todo este tiempo en Madrid el matrimonio Mora con los Condes de Fuentes, y en Enero de 1764 abandonaron todos juntos la Corte, quedándose los hijos en Zaragoza, donde les había precedido el regimiento de Galicia, y siguiendo los padres á París para tomar posesión de su Embajada. Maniobra y combinación esta

de dejar á los hijos en Zaragoza, ideadas y ejecutadas por Fuentes, *á fin de que Pepe quede naturalmente más sujeto en provincias*. Así lo escribe el mismo Conde de Fuentes al de Aranda, que se hallaba entonces fuera de la Corte, al notificarle su resolución y viaje; de donde se deduce que por aquel tiempo procuraban los dos consuegros, de común acuerdo, acortar en lo posible el campo á las travesuras de Pepito.

Instalóse la pareja Mora en Zaragoza, en el hermoso palacio de los Condes de Fuentes, situado en el Coso, y allí les sobrevino á poco una repentina catástrofe. El 25 de Agosto de 1764 dió á luz la Marquesa de Mora, á las cinco de la mañana, un niño, que fué bautizado aquel mismo día en la parroquia de San Gil con los nombres de Luis Gonzaga, Joaquín del Pilar, José, etc., siendo su padrino el ilustre Sr. D. Miguel Fernández de Córdoba Alagón y Moncayo, Canónigo de la santa iglesia Catedral de Zaragoza. El nacimiento de este niño, que venía á realizar los deseos de sus abuelos, reuniendo en una sola las dos casas de Fuentes y Aranda, costó la vida á la pobre Marquesa de Mora, la cual, sin que podamos precisar la fecha, falleció á muy poco, á consecuencia, sin duda, del parto. Recogió entonces al inocente huerfanito su abuela la Condesa de Aranda, y llevóselo á Madrid, mientras el viudo



marchaba á París á reunirse con sus padres; y en tan poco tiempo debió acontecer todo esto y con tal premura hacerse, que el 29 ó 30 de Octubre hallábase ya en París el Marqués de Mora. Así lo escribe desde Fontainebleau al Duque de Choiseul D. Fernando Magallón, Secretario de la Embajada española, el 28 de Octubre de 1764: «Como me veo precisado á marchar mañana por la mañana á París, para volver dentro de dos ó tres días con el Marqués de Mora», etc., etc.

No parece verosímil que la pena de su viudez causase al Marqués de Mora grandes tormentos. Todo había pasado para él de tan rápida manera y en edad tan temprana, que pudo compendiar su soltería, su matrimonio y su viudez en aquella copleja que, si no es contemporánea, data de tiempos no distantes de aquéllos:

El domingo la vi en misa,  
Lunes la mandé un recado,  
Martes me casé con ella,  
Miércoles la pegué un palo,  
Jueves se metió en la cama,  
Viernes la sacramentaron,  
El sábado se murió  
Y domingo la enterraron;  
Y en una semana fui  
Mozo, viudo y casado.

---



## V

GRANDE fué el éxito que obtuvo el viudito de veinte años en los salones de París y de Versalles, y las muchas cartas de la época que tenemos á la vista le presentan todas como un joven seductor que poseía entonces grandes cualidades y ofrecía para más adelante mayores esperanzas. Es fácil, sin embargo, que mucho contribuyeran á tan grandes ponderaciones la alta posición y el gran prestigio de que gozaba en la Corte de Francia el Embajador de España, desde que quedó sancionado en 1761 el famoso *pacto de familia*. Concedíase el puesto de honor entre todos los diplomáticos, y honrábale el Rey Cristianísimo con grandes distinciones. Para él no había puerta cerrada en Palacio, ni día señalado para hacer la corte á la familia Real, como para los otros embajadores lo estaban los martes. Pagábale el Rey



casa en Versalles y en todos los sitios Reales, y á ellos podía seguir ó no seguir á la Corte, según fuese de su agrado. Supo el Conde de Fuentes aprovecharse bien de todas estas ventajas, y su intimidad con la familia Real llegó á ser tan grande, que todos los días se guisaba en casa del Embajador el *puchero* para la reina María Leczinska, y con mucha frecuencia guisábase también la famosa *olla podrida* española, para Mesdames las hijas del Rey. «No se puede ponderar bien, dice el Duque de Villahermosa en su Diario, lo estimado que está Pignatelli en París. La Reina le dice que no quisiera que se fuese nunca, y desearía tenerle siempre consigo. El Rey le honra mucho, y porque dejó una noche de cenar, el Rey y la Reina le riñeron, temiendo no le hiciese daño. Generalmente todos le aman, estiman y veneran, y nadie habla mal de él. Es un hombre en quien nada cae mal: todo en él es gracia. Da muchos días de comer, y le oí decir á madama de Saint-Constantin, que ningún Embajador de España había dado tanto hasta ahora, siendo cierto, como todos saben, que se ha rebajado el sueldo una tercera parte.»

Estos gastos y prodigalidades que la alteza de su puesto requería, unidos á la merma del sueldo y al abandono natural del Conde, fueron grande parte para quebrantar la casa de Fuentes, más ilustre que opulenta, y hacían de

la residencia de los Embajadores una mansión verdaderamente señorial á la moda francesa de la época, conjunto de lujo y de despilfarro, de elegancia y de desorden; porque no era el padre de Mora de aquel vigoroso temple de los Pignatelli, más aragonés que italiano, que produjo hombres como sus dos hermanos D. Ramón y D. José, gloria el uno de su patria y ornato el otro de la Iglesia. Fuentes era, por el contrario, más italiano que aragonés, hombre de mediano talento, natural blando y para sus intereses abandonado, y tan sólo gran perito en el difícil arte de agradar y amoldarse á todos los caracteres y á todas las circunstancias más ventajosas: cualidad estimable en sus resultados, pero peligrosa en su práctica, por las transigencias no siempre decorosas ni lícitas á que de continuo provoca. Y de aquí, sin duda alguna, que siendo Fuentes bueno y católico práctico, aunque tibio, apareciese en su época como uno de aquellos grandes señores *eclairés* del modo de Villahermosa, aunque con una muy fundamental diferencia; porque es indudable que la falsa filosofía dió un gran paso al declarar á la fe hija de la simplicidad y la cordedad de alcances, pues que con esto reclutó lo que podríamos llamar su estado llano, su plebe vocinglera, entre los necios y las medianías que creyeron encontrar un diploma de ingenio y de talento haciendo alardes de despreocupa-



ción, y los astutos que, comprendiendo bien las corrientes de la época, hicieron por cálculo la misma jugada. Á estos últimos perteneció Villahermosa; mas el Conde de Fuentes, y aquí está la diferencia esencial entre ellos, sin dejar de pertenecer á los segundos, perteneció también á los primeros.

No era, pues, el Conde de Fuentes el padre más á propósito para guiar á un hijo como Mora por el intrincado laberinto de impiedades y de vicios que ofrecía el París de entonces, y la Condesa, por su parte, participaba del abandono y dejadez de su marido, y aumentábaseles en gran manera la traidora enfermedad de pecho que lentamente la minaba, y que había de llevarla al sepulcro antes de tiempo. Fué esta señora de mucha hermosura y honradez, mas harto contemporizadora con las livianas costumbres y malas gentes de su época, y tan amiga del trato de éstas, que arrastraba por los salones sus enfermedades y sus penas, secundando con su mucha discreción los trabajos diplomáticos del Conde de Fuentes. Fué gran amiga de Rivarol, y una de las ilustres damas que introdujeron en la alta sociedad de París á este elegante, bello y despierto aventurero que, ocultando tras un condado postizo la posada de *Los Tres Pichones*, de que fué dueño su padre, logró ser uno de los más *espirituales persifleurs* de los salones.

También tuvo grande amistad con aquel famoso y corrompido abate Galiani, encarnación del chiste volteriano en la astucia italiana, que, regalando á Benedicto XIV su curioso muestrario de materias volcánicas del Vesubio, escribió sobre la caja: «*Beatissime Pater: fac ut lapides isti panes fiant*» (1). En Septiembre de 1770 escribía Galiani desde Nápoles al Duque de Villahermosa: «He propuesto seriamente á Lersale que se venga á Nápoles, trayéndose cinco ó seis buenos amigos. Fuentes puede venir á ver sus fincas; Egmont y su familia sus feudos; vos veréis la Palata y Gayano; la Condesa de Fuentes encontrará aquí á Rivarol, á Gleichen, á Milizern y á mí, que estamos ya aquí, y podríamos figurarnos un pequeño París en Nápoles. Nos haremos la ilusión de estar en una quinta de los alrededores de París, y jugaremos al *wisk* todo el día.... ¿Qué tal vuestros estudios, vuestra metafísica y vuestra política? ¿Seguís emborronando libros que nunca aparecen? ¿Habéis resuelto el problema de si la fortuna es un efecto del acaso, ó del talento del hombre, ó de alguna inteligencia oculta é invisible, que se constituye en su buen ó mal genio?.... Yo he creído siempre que la fortuna en el mundo es efecto

---

(1) Santísimo Padre: haced que estas piedras se conviertan en pan.



del azar; con las mujeres, del talento, y en el juego efecto de los malos espíritus, porque imposible es que en un solo año me haya ganado la Condesa de Fuentes tres mil doscientas cuarenta libras, franco tras franco, sin que el diablo, el diablo más maestro de todos los diablos, se haya metido en ello.»

No se crea por esto que la Condesa de Fuentes tuviera en particular el feo vicio del juego; era este vicio general en todos los grandes señores franceses de aquella época, desde tiempos de la Regencia, y no escandalizaba entonces aquel hecho monstruoso de la Princesa de Valois, hija del Regente, joven de diez y ocho años, que atravesando la Francia para reunirse á su prometido esposo el Duque de Módena, llevaba delante banqueros que le preparasen la partida en las posadas, para pasar la noche jugando. «Las tertulias de París, dice el Duque de Villahermosa, empiezan á las nueve, y de seguida se juegan una ó dos rondas. Se interrumpe el juego para cenar, dejándolo en el estado en que esté, y después se vuelven á emprender las partidas y se siguen jugando otras, regularmente hasta las cuatro ó cinco de la mañana.»

Vivían los Condes de Fuentes en París, en el hotel Soyecourt, calle de la Universidad, y en el segundo piso vino á alojarse el Marqués de Mora, en compañía de su futuro cuñado el

Duque de Villahermosa, agregado entonces á la Embajada española, y D. Fernando Magallón, Secretario de la misma, hombre alegre y vividor, y amigo de todos los filósofos en boga con los cuales puso al punto en contacto al apuesto viudito, como ya había hecho antes con Villahermosa. Estos dos buenos compañeros fueron los mentores en París de aquel nuevo Telémaco, que bien pronto pudo dar lecciones en todos los terrenos á sus experimentados maestros.

No datan, sin embargo, de esta primera estancia del Marqués de Mora en París, que debió prolongarse hasta fines de 1766, ni sus intimidades con los filósofos, ni sus desdichados amores con Mlle. de Lespinasse, á quien sin duda no conoció hasta algo más tarde. El salón de la Lespinasse, luego tan célebre, comenzaba entonces á echar sus cimientos, y no era el más á propósito para ser preferido por un mozo de veinte años, libre del matrimonio, como el perro de la cadena, y ansioso de goces algo más positivos que las satisfacciones de la vanidad, compradas al precio de la apostasía de la fe y las tradiciones patrias. Esto debía venir más tarde, como en efecto vino, á la manera que tras la hinchazón viene el pus, y tras el pus la gangrena.

Los triunfos del Marqués de Mora fueron entonces en los salones de la aristocracia, y sus



primeras y brillantes armas hízolas en casa del Duque de Choiseul, en aquella famosa galería que describe Mme. Du Deffand en sus cartas á Horacio Walpole. «Los Choiseul, dice, abrirán su casa el domingo próximo, y yo iré rara vez; reciben en la galería, que no sé si recordaréis. Es tan enormemente grande, que se necesitan setenta ú ochenta bujías para alumbrarla. En el centro hay una chimenea, con grande fuego siempre; en los extremos dos estufas, y los sitios intermedios quedan hechos verdaderas neveras; de modo que, ó es cosa de achicharrarse acercándose al fuego, ó de helarse sentándose lejos.】 Va muchísima gente, y se reúnen allí todas las beldades jóvenes y los caballeros de todas edades. Han puesto en medio una gran mesa, donde se puede jugar al mismo tiempo á toda clase de juegos; esto se llama ahora *une macedoine* (1). Hay también mesas separadas de otros juegos, y tres ó cuatro *tric-tracs* que rompen la cabeza. No sé si vuestras reuniones se parecerán á éstas; si así es, supongo que iréis pocas veces. Yo nada encuentro peor que esta algarabía, como no sea estar sola.»

Complaciáanse los Fuentes en estos triunfos de su primogénito, y empujábanle temerariamente ellos mismos en aquella vida de disipa-

(1) Guiso compuesto de diferentes legumbres ó frutas.

ción y de placeres, pensando distraerle y consolarle de la imaginaria pena de su viudez, y proponiéndose al mismo tiempo hacerle contraer un segundo matrimonio brillante y lucrativo con la hija única del Conde de Egmont. Mas hallábase Mora hartó á su gusto, viudo y libre, para pensar en nuevo matrimonio; y terminada, al fin, la licencia que para estar separado de su regimiento tenía, fuéle preciso, con hartó sentimiento suyo, volver á Madrid á principios de 1766, donde fué recibido con los aplausos y honores que se tributaban entonces á los que habían *escupido en Francia* y volvían á la madre patria transformados por completo, haciendo alarde de los vicios é impiedades de la sociedad francesa, lo mismo que de las casacas con tontillo y las pelucas á la Panurge, y encajando por completo en aquel otro molde que trazó Jovellanos en su epístola á Arnesto:

¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia  
Un alfeñique perfumado y lindo,  
De noble traje y ruines pensamientos?  
Admiran su solar el alto Auseva,  
Linia, Pamplona ó la feroz Cantabria.  
Mas se educó en Sores; París y Roma  
Nueva fe le infundieron, vicios nuevos  
Le inocularon; cátales perdido.  
Ya no es el mismo. ¡Oh, cuál otro el Vidasoa  
Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!  
¿Quién calará su atroz galimatías?



Ni Dumarsais ni Alderete le entendieran.  
 Mira cuál corre en polisón vestido,  
 Por las mañanas, de un burdel á otro,  
 Y entre.... rufianes bulle.  
 No importa; viaja incógnito con palo,  
 Sin insignias y en frac: nadie le mira.  
 Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle  
 Desde una milla..... ¡Oh, cómo el sol chispea  
 En el charol del coche ultramarino!  
 ¡Cuál brillan los tirantes carmesíes  
 Sobre la negra crin de los frisonés!  
 Visita, come en noble compañía,  
 Al Prado, á la luneta, á la tertulia,  
 Y al garito después ....



## VI

**E**STA fué la vida del Marqués de Mora á su vuelta de Francia, como era la de muchos petimetres de su tiempo, en quienes se nota ya esa extraña mezcla de extranjerismo y majeza que caracteriza aún á no pocos elegantes de nuestros días. En esta época, sin embargo, aparecen por primera y única vez en Mora ciertos amagos literarios, inspirados por un mal clérigo expulso de la Compañía de Jesús, que llamaban el abate Casalbón, y fomentados y aplaudidos por los directores y agentes más conspicuos de la solapada propaganda volteriana que comenzaba entonces á hacerse en España.

En Abril de 1767 escribió Mora en compañía del abate Casalbón, y por carta de éste consta, un elogio de la llorada comedianta Mariquita Ladvenant, ya difunta. No es fácil co-